

TRANSITAR: MUDAR, PASAR. UNA INTERPRETACIÓN

ASUN CLAR

...

*O como
ritmo de música que se quedara
allá fijo en el centro cual estatua
inmutable.*

Giorgios Seferis

Si, aún a costa de ser reduccionista, se buscara una palabra clave para definir la obra de Broto, ésta podría ser *movimiento*. Un movimiento dicho exclusivamente con las herramientas de la pintura: pincelada, superficie, forma y color. Estos son los fundamentos plásticos abrazados desde sus inicios, inspirados a su vez en los del grupo francés *support-surface* en su apuesta por ceñirse a los instrumentos propios del medio. Por ello, esta comunicación del movimiento, omnipresente en su obra, se traduce en huellas pictóricas, índices que plasman lo que fue o que expresan lo mutante: la impronta del gesto delatando lo acontecido, y los comportamientos pictóricos -aplicados sabiamente como gramáticas del tiempo-, haciendo visible la transformación de la materia: los pigmentos que emergen, los que se diluyen, los que sólo se asoman para retraerse luego dejando sutilmente una sombra de lo que fueron.

Así, los rastros de las pinceladas son, por sí mismos, señales gráficas de ese movimiento de arrastre sobre la tela tan característico de su obra, y lo es también la propia gestualidad de la línea, que cimbreo y señorea sobre el soporte plano y monocromo, recorriendo a veces todo el espacio y convirtiéndose en protagonista de la pieza junto a los matices y transparencias del color. Pero a estos componentes, presentes en la mayoría de sus trabajos, se han ido incorporando recientemente otras formas, divergentes en apariencia, que concentran y parecen suspender la acción: son imágenes circulares de colores intensos que aparecen flotando en el espacio -éste sí, trabajado con esas huellas del pincel- comportándose, supuestamente, como puntos detenidos.

Cabría preguntarse si definitivamente el pintor ha decidido, tras el dinamismo de obras anteriores, ensimismarse en un instante zen, a la vez múltiple, único y eterno, en el que nada sucede porque, abolido el tiempo, todo es simultáneo y, por tanto, inmutable. No nos llevemos a engaño, el movimiento está más presente que nunca: contenido, encerrado en esas formas oblongas, o estiradas en cintas, se agita y emite palpitos mediante la intensidad y gradación del color, bombeando energía en forma de luz, magnetismo y vibración.

Y es que el movimiento es posiblemente más intenso cuando no se ve; cuando sólo se traduce en ondas, cuando está *por dentro*. Este inmanente dinamismo interior ostenta su acción en las gradaciones de colores encendidos que transitan la superficie de las formas de bordes duros. Ese tránsito, que refleja su muda, es el único signo visible de las transformaciones que se

ocultan en su seno y que permiten imaginar un cambio, una transformación que, al fin y al cabo, es otra faceta del movimiento, el rasgo vertebrador de la obra antes aludido.

Estas formaciones de tonalidades cambiantes ofrecen, en otros casos, un rostro mudo, actuando en su neutralidad como contrapunto de la agitación generada por la vibración de las pinceladas de los fondos -o las encerradas en las figuras-, en un juego de identidades múltiples donde el dinamismo se expresa por contraste con lo inmutable como las dos caras de una misma moneda, en una dualidad que encierra el concepto del *todo* defendido por la sabiduría oriental.

Pero esos *planetas*, que flotan en un universo bien lleno de partículas en movimiento (ahí están los rastros del pincel indicando de nuevo la acción), también reverberan energía. Como soles en combustión interna, irradian sus fuerzas a lo que les rodea. Y es que no están solos: toda una constelación, en un movimiento detenido sólo en apariencia, se dibuja bajo un campo de tensiones, de influjos mutuos que mantiene un ajuste de distancias, de proximidades y lejanías que, lejos de reflejar la relajada quietud de lo inerte, recrean el espectáculo vibrante del cosmos. Nuevamente, pues, un movimiento implícito también en estas órbitas de energía invisibles que sostienen la ordenación de estos cuerpos en suspenso.

En otras piezas, unas estructuras centralizadas dominan la composición; diríase, arriesgando una interpretación, que esos focos múltiples, esa dispersión de mundos ensimismados, se han organizado y muestran versiones de su proceso de transformación. Los vórtices han generado constelaciones que pueden leerse como nuevas estructuras: desde la entropía y el caos surge un nuevo orden y equilibrio.

Todo muda, cambia, se transforma: es la imagen del tránsito; un tránsito que es individual pero también colectivo, ya que ambos se determinan mutuamente. Y tránsito es también movimiento, actividad, paso por un lugar para ir a otro. Una mirada al conjunto de la exposición *Otros universos* nos muestra piezas que desarrollan varias líneas de trabajo. Siguiendo con los argumentos anteriores podría pensarse que estas diversas facetas son fruto de un trasvase mutuo, como si estas fuerzas energéticas comentadas hubieran sobrepasado el marco del bastidor y ejercieran su capacidad de influencia sobre las vecinas. Si así fuera, el tránsito se convertiría en global: las propias formaciones transformándose en su propio seno, mudando, deformándose, y emitiendo fuerzas sobre lo que les rodea; la sinergia de sus fuerzas, organizando estructuras, y finalmente, un flujo entre todas, determinando un tránsito individual y colectivo que recrea la danza sincrónica del universo en su movimiento eterno.